

sitio acabaria pronto: pasaron sin embargo los quince dias y los embajadores no volvieron; Ibn-Djahlháf procuró persuadir á los habitantes que esperasen tres dias nada mas; pero estos respondieron que ni querian, ni podian hacerlo. Por su parte el Cid les hizo declarar con grandes juramentos que si dejaban pasar un instanté, despues del plazo que les habia concedido, no se consideraria obligado á observar las condiciones de la capitulacion. A pesar de todo pasó un dia sin que abriesen las puertas y cuando los que habian arreglado la capitulacion se presentaron delante del Cid, este les dijo que no estaba ya obligado á nada, puesto que el plazo habia concluido. Entonces respondieron que se entregaban completamente en sus manos para que hiciese de ellos lo que fuese su voluntad. Al dia siguiente Ibn-Djahlháf fué á donde estaba el Cid; estos dos gefes, asi como los principales cristianos y moros, firmaron el tratado con los artículos que ya hemos referido. Luego Ibn-Djahlháf volvió á entrar en la ciudad y á la hora del medio dia abrió las puertas. El pueblo enflaquecido por el hambre se reunió; diriase que aquellos desdichados salian de la sepultura, pálidos y consumidos como aparecerán en el dia del juicio final, cuando los hombres salgan de sus se-

pulcros para presentarse delante de la magestad de Dios.

La rendicion de Valencia se verificó el juéves 15 de Junio del año 1094.

A medida que entraban en la ciudad, los cristianos subian á las murallas y á las torres, á pesar de las reclamaciones de Ibn-Djahhaf que les gritaba que violentaban el tratado; los valencianos prestaban á esto poca atencion; lo importante para ellos era suministrarse víveres y se arrojaron ávidamente sobre el pan y las habas que les traian los revendedores de al-Cudia; los que no podian atravesar por medio del gentío, iban á al-Cudia para comprar géneros; los mas pobres cogian las yerbas del campo y se las comian, pero muchas personas murieron á consecuencia de hartarse en vez de haber comido con moderacion.

El Cid subió á la torre mas alta de las murallas y examinó toda la ciudad: los moros acudieron á besarle la mano; los recibió con muchos miramientos y mandó que tapasen las ventanas de las torres que daban á la poblacion, á fin de que ninguna mirada indiscreta pudiesen penetrar en las casas de los moros, cosa que estos le agradecieron mucho. Tambien ordenó á los cristianos, que honrasen á los moros, que los saludasen al

pasar junto á ellos y les cediesen la acera. Los moros, dice un autor valenciano contemporáneo, quedaron muy agradecidos al Cid por el honor que los cristianos les dispensaban, y dijeron que nunca habian visto un hombre tan excelente, ni tan honrado, ni que tuviese una tropa tan bien disciplinada.

Ibn-Djahnáf que recordaba la incomodidad del Cid, cuando fué á verle sin ofrecerle un regalo, tomó una gran parte del dinero que habia quitado á los que se enriquecieron vendiendo caro el pan durante el sitio, y lo ofreció al Cid; mas éste que sabia la procedencia del dinero, rehusó su regalo. Enseguida hizo anunciar por un heraldo que invitaba á los patricios de Valencia á reunirse en el jardin de Villanueva, donde se encontraba entónces y cuando llegaron, subió sobre un estrado, cubierto de tapices y alfombras y ordenó á los patricios que se sentasen frente á él y les dirigió este discurso (1):

«Ni yo, ni ninguno de mi linaje ha poseído jamás reino alguno; desde que ví esta ciu-

(1) Los tres discursos del Cid han sido ya traducidos por M. de Circourt (*Hist. des Mores Mudejares et des Morisques*, t. 1.) Hemos adoptado la traduccion de este escritor, en general fidelísima, haciendo de cuando en cuando algunas ligeras modificaciones.

dad, la encontré tan hermosa, que me enamoré de ella, la deseé y pedí á Dios que me la diera; ved cuan inmenso es su poder! el dia que sitié á Cebolla, solo tenia cuatro panes y ahora me ha hecho la gracia de darme á Valencia y me ha establecido en ella como señor! El me la conservará si me conduzco con justicia y dirijo bien los negocios; si obro con orgullo y malicia, sé bien que me la quitará. Así, vuelva cada uno á su herencia y poséala como antes; el que encuentre su viña ó su jardin libre que se apresure á entrar en él; el que encuentre su campo cultivado, pague el trabajo al que lo cultivó y vuelva á disfrutarlo como lo ordena la ley de los musulmanes. Quiero tambien que los cobradores de impuestos de la ciudad no exijan más que el diezmo, segun es vuestro uso; os recibiré en audiencia dos dias en la semana, los lunes y los juéves; pero si teneis algun asunto urgente, venid cuando querais y os escucharé; pues yo no me encierro con mugeres para beber y cantar, como vuestros señores á quienes jamás lográbais encontrar visibles. Quiero dirigir todos vuestros asuntos por mí mismo, ser vuestro compañero y protegeros como amigo y como déudo: yo seré vuestro cadí y vuestro visir, y cuando algu-

no se queje de otro, os haré justicia.» Después de haber hablado así, añadió: «Me han referido que Ibn-Djahláf ha perjudicado á muchos de vosotros, desposeyéndolos de sus bienes para regalármelos: los ha desposeído porque habian vendido el pan muy caro. Yo no he querido aceptar semejante donativo, pues si ambicionase vuestros bienes sabria tomarlos sin pedirlos á él ni á nadie; pero Dios me libre de recurrir á la violencia para tomar lo que no me pertenece. Los que han traficado con sus bienes, guarden para si el provecho, si Dios lo permite; y que aquellos á quienes Ibn-Djahláf ha quitado algo, que se lo demanden y yo le obligaré á devolvérselo.» En seguida les dijo: «Habeis visto lo que he tomado á los mensajeros que iban á Murcia, eso me pertenece de derecho, porque lo he cogido en guerra y porque habian violado los tratados; pero aun así quiero devolverles hasta el último dirhem y nada perderán. Quiero que me jureis cumplir lo que os ordene, sin separaros un punto de mi mandato. Obedecedme y no faltad nunca á los tratos que celebremos, que todo lo que yo mande se observe, porque os amo y quiero haceros bien; me compadezco de vosotros y siento que hayais tenido que sufrir tan grandes miserias, el

hambre y la mortandad. Sí lo que habéis hecho al fin, lo hubiéseis hecho al principio, no hubiéseis llegado á tal extremo, ni hubiéseis pagado el trigo á mil dinares. En fin, permaneced ahora tranquilos y seguros, porque he prohibido á mi gente que entre en la ciudad á traficar. He puesto en al-Cudia su mercado, por consideracion á vosotros. He ordenado que nadie se detenga en la ciudad; si alguno contraviniese á esta orden, matadle y entregádmelo, seguros de que no se os impondrá ningun castigo; además, les dijo, no quiero entrar en vuestra ciudad, ni morar en ella, pero si establecer en el puente de Alcántara una casa de recreo, á donde vendré á descansar y allí estaré dispuesto, si es preciso, para todo lo que haga falta.»

Quando los moros oyeron este discurso quedaron muy satisfechos, pues creian en las promesas del Cid. Sin embargo, cuando quisieron volver á tomar sus tierras, los cristianos, que estaban en posesion de ellas les respondieron: «¿como las hemos de devolver si el Cid nos las ha dado en pago de nuestra soldada de este año?» Otros dijeron que las habian arrendado y que tenian pagadas las rentas del año. Los moros muy disgustados esperaron hasta el jueves en que el Cid vino

á juzgar el proceso, como les habia anunciado.

«Llegado el jueves, todos se presentaron en el jardin; el Cid se presentó y sentándose en su estrado comenzó á decir cosas que en nada se parecian á lo dicho la primera vez. «Si quedo sin mis hombres, les dijo, me quedaré como un hombre que ha perdido el brazo derecho ó como guerrero sin lanza ni espada. La primera cosa que debo advertiros en este debate es que tomeis las medidas convenientes para que yo y mis hombres estemos bien guardados, pues si bien Dios ha querido darme la ciudad de Valencia, claro está que no ha de haber aquí otro amo que yo; pero si quereis sosteneros en mí favor preciso es que me entregueis á Ibn-Djahnáf: de todos vosotros es conocida la traicion que cometió con el rey de Valencia, su señor, y que le ha hecho sufrir grandes miserias, asi como á vosotros, mientras que yo os sitiaba.»

Asombrados los moros de que el Cid no se mantuviese en lo que habia dicho el dia anterior, respondieron que consultarian entre si, antes de decidirse. Treinta patricios fueron á hablar con el almojarife Ibn-Abdus: «te pedimos la gracia, le dijeron, que nos des el consejo mas leal y el mejor que conozcas, porque creemos que estás obligado á hacer-

lo, pues eres de nuestra religion. El negocio sobre que queremos consultarte es el siguiente: el Cid nos ha prometido otra vez muchas cosas y ahora no nos habla ya de ellas y antepone otras razones nuevas. Tú que conoces bien su carácter por haberte empleado en hacernos saber su voluntad, dinos si debemos obedecerle; aun cuando no quisiéramos, tampoco estamos en situacion de oponernos á lo que nos pide.—Nobles señores, les respondió Ibn-Abdus, el consejo es fácil de dar. Vosotros sabeis bien que Ibn-Djahláf ha cometido gran traicion contra su señor; arreglaos ahora para entregarlo al Cid y nada temais; no penseis en otra cosa, pues sé bien que si lo haceis, nada le pedireis en adelante que no os conceda.»

Los moros volvieron donde estaba Rodrigo, diciéndole que consentian en entregarle á Ibn-Djahláf: enseguida tomaron una numerosa tropa de hombres armados y fueron á casa del cadí, echaron abajo las puertas, se apoderaron de él y de toda su familia y lo llevaron ante el Cid, el cual, lo hizo meter en prision con todos aquellos que tomaron parte en el asesinato de Cadir. Enseguida dijo á los notables: «Puesto que habeis cumplido mis mandatos pedid lo que querais y lo ejecutaré al momento; pero con una con-

dicion, que moraré en el castillo de la ciudad y quemis cristianos custodiarán todas las fortalezas.» Esto era una nueva infracción del tratado: los moros se vieron sin embargo obligados á obedecer (1). El Cid hizo conducir á Ibn-Djahlhâf á Cebolla y darle tortura hasta que estuvo á punto de morir; dos dias despues le trajo á Valencia, y ya preso en el jardin, le ordenó que escribiese de su puño y letra la lista de cuanto poseia. Ibn-Djahlhâf anotó las sortijas, los collares, los muebles preciosos y las deudas que tenia. El Cid entonces, echando los ojos sobre aquella lista, le hizo jurar á presencia de los cristianos y de los moros mas importantes, que no poseia ninguna otra cosa y que reconocia en él el derecho de condenarle á muerte si alguna se encontrase; y aun no contento con este juramento, y sospechoso de que el asesino de Cadir era mucho mas rico de lo que queria confesar, mandó hacer escavaciones en las casas de los amigos del cadí y amenazó con quitar los bienes y la vida á los que procurasen ocultar las riquezas que Ibn-Djahlhâf les habia confiado. Por temor al

(1) En el relato siguiente, el manuscrito de la *General* de que disponia Florian de Ocampo aparece incompleto; debe compararse con la *Crónica del Cid* (c. 210;) véanse tambien los textos árabes.

Cid y captarse su voluntad todos se apresuraron á entregar los tesoros que el cadi habia confiado á su custodia y que habia prometido partir con ellos, si escapaba vivo. Aquel ordenó tambien hacer escavaciones en la casa de Ibn-Djauháf y por indicacion de un esclavo, encontraron allí grandes riquezas en oro y piedras preciosas.

En el entretanto, el Cid habia reunido á los notables en el castillo y los habia arengado de esta manera: »Prohombres de la *Djamâa* de Valencia, sabeis como he servido y ayudado á vuestro rey; cuanta miseria he sufrido antes de ganar esta ciudad; ahora que Dios se ha dignado hacerme dueño de ella, la quiero para mí y para los que me han ayudado á ganarla, salvo la soberanía de mi señor el rey D. Alfonso. Estais todos bajo mi dominio y podria hacer de vosotros cuanto quisiera y me pareciese mejor: podria quitaros todo lo que poseeis en el mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mugeres; pero no lo haré. Es mi voluntad y así lo ordeno que los hombres mas distinguidos de vosotros, los que siempre se han mantenido leales, permanezcan en Valencia en sus casas con sus familias; mas no consiento que tenga cada uno mas que un mulo y un servidor, ni que lleveis armas ni las

guardéis en vuestras casas, y esto en caso de necesidad y con autorización mia. Todos los demás, quiero que salgan de la ciudad y vivan en al-Cudia, donde yo estaba ántes. Vosotros tendreis vuestras mezquitas en Valencia y fuera en al-Cudia; conservareis vuestros faquíes, vivireis bajo vuestra ley, tendreis vuestro cadí y vuestro visir, que ya he nombrado, poseereis vuestras herencias, y me reconocereis el derecho de señor sobre todas las rentas y el de administrar la justicia y el de batir mi moneda. Los que quieran permanecer bajo mi gobierno, que permanezcan; los que nó, que se vayan á la buena ventura sin llevarse nada, con sus personas solas, que yo haré poner en seguridad.»

Quando los notables oyeron este discurso, se entristecieron mucho; mas ya no era tiempo de otra cosa que de obedecer en el mismo instante: los musulmanes empezaron á abandonar la ciudad con sus mugeres y sus hijos, escépto aquellos que el Cid guardaba, y mientras los moros salian, los cristianos de al-Cudia entraban para reemplazarles; el número de los que salieron fué tan considerable que estuvieron dos dias desfilando.

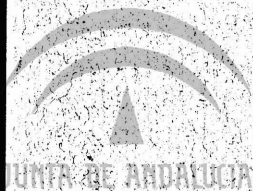
El Cid, dueño ya absoluto de Valencia, no

pensó mas que en castigar cruelmente á quien le habia disputado tan largo tiempo la posesion de la ciudad: resolvió quemarle vivo y mandó abrir una fosa á cuyo alrededor hizo amontonar muchos troncos de leña. Ibn-Djahláf fué arrojado á esta fosa; encendida la pira, pronunció las palabras *«en nombre de Dios clemente y misericordioso»* y arrimando á su cuerpo los tizones ardiendo, á fin de abreviar su suplicio, exhaló su último suspiro en medio de sufrimientos horribles. Con la sangre aún irritada, el Cid quiso quemar tambien á la muger, á los hijos, á los parientes y á los esclavos de Ibn-Djahláf; pero los musulmanes y aún sus propios soldados cristianos, prorrumpiendo en gritos de indignacion, le suplicaron perdonase á lo menos á las mugeres, los hijos y los esclavos. Al principio rehusó obstinadamente esta pretension, mas al fin se vió obligado á acceder á ella; los otros fueron quemados sin embargo. Abu-Jafar Battí, literato distinguido, á quien debemos quizás el relato árabe traducido en la *Crónica General*, sufrió la misma suerte, aunque ignoramos por qué motivo.

Ibn-Djahláf, que durante su vida no habia gozado de gran consideracion, fué elevado, por su atroz suplicio, á la categoría de mártir; aún sus más encarnizados enemigos,

tales como Ibn-Tahír, olvidaron sus antiguos agravios y solo se acordaron de él para colmarle de elogios. (1)

El suplicio de Ibn-Djahláf ocurrió en Mayo ó á principios de Junio de 1095.



P. C. Monumental de la Alhambra y Giralda
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Véase la carta de Ibn-Tahír mas arriba p. 31 y 33.

IX.

Yusuf el Almoravid, queriendo reconquistar á Valencia, hizo sitiar esta ciudad por Mohammed Ibn-Ayícha: el sitio duró solo diez dias, al cabo de los cuales el Cid hizo una salida, derrotó á sus enemigos y se apoderó de su campamento.

Rodrigo, viéndose ya con las manos libres, pensó en extender sus dominios: sitió y tomó á Olocau y Serra, dos plazas importantes por su posición, pues situadas en el riñón de las ásperas montañas de Náquera, entre Liria y Murviedro, eran las llaves de esta última ciudad, cuya conquista ambicionaba: también encontró en Olocau las grandes riquezas que Cadir había enviado allí poco antes de su muerte. Hallábase el Cid en aquella época en el apogeo de su gloria y de su poder, y en sus momentos de orgullo los más vastos proyectos cruzaban por su men-

te. Su pensamiento dominante entónces era la conquista de toda esta parte de España, poseida aún por los moros. Un árabe le oyó decir: «*Un Rodrigo ha perdido esta península, otro Rodrigo la recobrará.*» (1) Por lo demás la confianza que tenia en sus fuerzas no era exagerada: todo el mundo le temia y aún los mismos reyes solicitaban su amistad. Pedro de Aragon, que habia sucedido á su padre Sancho, en 1094, le propuso una alianza ofensiva y defensiva; oferta que aceptó con tanto más gusto cuanto que los almoravides amenazaban de nuevo las fronteras meridionales de sus estados. Habiendo ido Pedro á Valencia con su ejército, salió de esta ciudad en union del Cid para ir á establecer su cuartel general en Peñacatel, (entre Játiva y Cullera) que deseaban hacer centro de sus operaciones y donde tenian intencion de establecer un gran depósito de viveres. Cerca de Játiva encontraron al ejército almoravid, compuesto de treinta mil hombres, cuyo general Mohammed Ibn-Ayicha creyó oportuno, apesar de sus fuerzas, evitar una batalla: los cristianos pudieron, por tanto, continuar su marcha, y cuando abastecieron á Peñacatel de provisiones, se dirigie-

(1) Ibn-Bassám, más arriba, p. 27.

ron hacia el S., siguiendo la costa. En Beiren, cerca de Gandia, encontraron á los almoravides acampados en la cima de una montaña, de más de una légua de extension y que dominaba el mar. Los cristianos se vieron atacados por ambos lados, pues una escuadra musulmana secundaba á el ejército de tierra. El peligro era grande, así que vacilaron un momento; pero entónces el Cid recorrió á caballo las filas de sus soldados y aliados «Valor, amados míos, les dijo, batíos bien; que vean que clase de hombres sois; no os intimide el número de vuestros enemigos porque os predigo que Nuestro Señor Jesucristo los hará caer en vuestras manos.» La voz del gefe reanimó el espíritu vacilante de los soldados, quienes, cayendo sobre los enemigos, los desalojaron de sus posiciones con impetuosidad tanta que los pusieron en completa derrota. Cargados de un inmenso botin y orgullosos con su victoria, volvieron entónces á Valencia; mas el Cid les dejó reposar por poco tiempo, porque deseoso de prestar un servicio al rey de Aragon, marchó con él contra la fortaleza de Montornes (1), que se habia rebelado, y lo ayudó á someterla.

(1) En la provincia de Lérida y en el distrito de Cervera. Aun subsisten las ruinas del antiguo castillo.

Vuelto el Cid á Valencia, sus habitantes comprendieron que pronto les llegaría su turno, y, como su señor Ibn-Razin era demasiado débil para prestarles eficaz auxilio, compraron el apoyo de los almoravides, los cuales enviaron al general Abu-l'-Fath (1), que partió de Játiva con algunas tropas, mas apenas entrado en Murviedro, apercibió á lo léjos al Cid y á su ejército, y ora creyese que podría apaciguarle, yéndose á otro lugar, ora que aquella ciudad no era sostenible, la abandonó y se fué á Almenára; Rodrigo entónces marchó contra esta plaza, la tomó despues de un sitio de tres meses y mandó á todos los que encontró allí que fueran á establecerse á otra parte, y despues de echar los cimientos de una iglesia, que pensaba consagrar á la Virgen, fingió volver á Valencia, aunque su plan era otro. «Dios mio, gritó delante de sus capitanes, tú que nada ignoras, tú para quien no hay pensamiento oculto, tú sabes que no quiero entrar en Valencia sin tomar á Murviedro con tu socorro y celebrar allí una misa en honor tuyo!» Y en vez de continuar su marcha hácia aquella ciudad fué inmediatamente á poner

(1) En vez de Abulfatal, como dice el texto de los *Gestas*, debe leerse Abulfatáhi.

sitio á Murviedro. Los habitantes de esta poblacion estaban verdaderamente desesperados. «¿Qué haremos? se preguntaban; si nos rendimos, ese Rodrigo, ese tirano, nos arrojará de nuestras moradas, como á nuestros hermanos de Valencia y Almenára, y, si nos defendemos, moriremos de hambre con nuestras mugeres y nuestros hijos.» Entónces suplicaron al Cid que les concediese una tregua por algunos dias, prometiéndolo rendirse, si no eran socorridos en este intervalo y amenazando con dejarse matar hasta el último si rechazaba su demanda. Sabiendo Rodrigo que una tregua no les serviría de nada, les concedió una de treinta dias. Los sitiados pidieron entónces auxilio á Ibn-Razin, á Alfonso, á Mostain, á los almoravides y al conde de Barcelona. Ibn-Razin les contestó que debían defenderse cuanto pudieran; que él nada podia hacer por ellos. Alfonso declaró que preferia ver á Murviedro en poder de Rodrigo á que fuese propiedad de un príncipe sarraceno. En cuanto á Mostain, hubiera querido ir á socorrer á sus correligionarios; pero, intimidado por las amenazas del Cid, al par que comprometia á los sitiados á extremar la resistencia, confesaba candorosamente que no se atrevia á pelear contra un héroe invencible, como era Rodrigo. Los almoravides contestaron

que todos ellos querian ponerse en camino y marchar al socorro de Murviedro, á condicion de llevar á su frente al general Yusuf, pues habian tenido ocasion de observar que sus otros generales nada valian; mas como aquél, temeroso de perder los laureles conquistados en Zalláca, no quiso aceptar el mando de un ejército (1), los almoravides no vinieron. El conde de Barcelona, á quien los sitiados habian ofrecido una gruesa suma, declaró á su vez que no se atrevía á atacar á Rodrigo, pero al ménos hizo algo, procurando una tregua á los habitantes de Murviedro, atacando al castillo de Oropesa, que pertenecia al Cid, el cual se mofó de él y lo dejó hacer, y á fé que con razon, pues no bien oyó decir el conde á uno de sus caballeros que Rodrigo se habia puesto en camino para ir á atacarle, levantó el sitio sin querer cerciorarse siquiera de si era verdadera ó falsa la noticia.

Al cabo de treinta dias, el Cid intimó á los sitiados que se rindiesen: éstos se excusaron bajo el pretexto de que aun no habian vuelto sus mensajeros. El Cid estaba seguro que faltaban á la verdad, pero confiado en que Murviedro no se le escaparia, mandó decir á los sitiados: «Pues bien, os concedo

(1) *Kitab-al-ictifa*, f6i. 162, v.-163, r.

un término de doce días más, y esto lo hago para que el mundo sepa que no tengo miedo á ninguno de vuestros reyes; tiempo tienen para venir; que vengan, si se atreven. Mas juro, que si despues de estos doce días no os rendís, os mandaré dar tortura á todos, os decapitaré ú os quemaré á fuego lento.» Transcurridos los doce días, los sitiados pidieron á Rodrigo que aguardase á Pentecostés para hacer su entrada en la ciudad. «Consiento, les dijo, y más os prometo, no haré mi entrada hasta San Juan, aprovechaos de este intervalo para abandonar la ciudad con vuestras mugeres, vuestros hijos y todo cuanto poseais é iros á establecer donde mejor os plazca.»

Los moros quedaron muy contentos de éste mensaje, encontrando al Cid mucho más humano, mucho más afable y generoso de lo que se lo habian pintado: Rodrigo mismo se encargó de desengañarlos.

El 24 de Junio de 1098 tomó posesion de Murviedro; su primer cuidado fué hacer cantar un Te-Deum en accion de gracias por su nueva conquista; luego mandó construir una iglesia, consagrada á San Juan. Cumplidos estos piadosos deberes, convocó tres días más tarde á los moros, aún bastante numerosos, que no habian abandonado la